

CAPÍTULO 9

CONFESIONES DE UN TORTURADO:

Tiburcio Monsalve, una víctima de la represión

Entrevista publicada en *Utópicos*, edición de septiembre de 2013.

Julie Alexandra Manrique Garzón

Universidad Santiago de Cali, Colombia

Orcid: <https://orcid.org/0000-0002-8518-6574>

✉ soyalemanrique@gmail.com

Cuando Julio César Turbay Ayala asumió la presidencia de Colombia en 1978, el país atravesaba por una transformación social, económica, política e ideológica. El pueblo protestaba por sus derechos (los campesinos, los trabajadores, los estudiantes), era el pueblo expresado en distintas manifestaciones. Turbay Ayala buscaba frenar esa lucha a través de mecanismos de intimidación y de represión; de ahí que decidiera crear el ‘Estatuto de Seguridad’.

En uso de las facultades que le otorgaba la Constitución de 1986, en su Artículo 121, expidió el decreto 1923, denominado ‘Estatuto de Seguridad’, que trasladó la competencia de los jueces ordinarios a los jueces militares, facultándolos para llevar a cabo allanamientos, interrogatorios, requisas y detenciones sin limitación alguna.

Cómo citar este capítulo:

Manrique Garzón, J. A. (2020). Confesiones de un torturado: Tiburcio Monsalve, una víctima de la represión. En: Behar Leiser, O. y Castillo Muñoz, L. J. (comp.). *Utópicos. Una nueva era para los géneros periodísticos*. (pp. 61-63). Cali, Colombia: Editorial Universidad Santiago de Cali.

Esto despertó el interés de las autoridades internacionales, que en búsqueda de una solución a las diversas denuncias expuestas por los medios de comunicación, conformaron el Comité Internacional por la Defensa de los Derechos Humanos. “Defender los Derechos Humanos es defender el derecho a vivir y a pensar”, este fue el llamamiento adherido al primer Foro Nacional realizado en Bogotá, el 30 de marzo de 1979.

Confesiones de un torturado

1980. Tiburcio Monsalve, de treinta y cuatro años, fue aprehendido en su casa y conducido por militares al Batallón Palacé de Buga; allí estuvo diez días sometido a diversas torturas.

¿Cómo fue detenido?

“Eran las seis de la mañana cuando tocaron la puerta, abrí y sin presentarse penetró un oficial del ejército con otro número de soldados sin ningún tipo de orden y empezaron a revolcarlo todo; el oficial se acercó a mí y me dijo: Tengo la orden de llevarlo al Batallón. Le dije ¿por qué?, ¿no debe haber una orden de allanamiento?, y me contestó: Estamos en el Estatuto de Seguridad, no necesitamos eso para nada, podemos hacer lo que nos dé la gana.

¿A qué clases de torturas estuvo sometido?

“Desde el primer día me vendaron los ojos. Me hicieron como una especie de interrogatorio, me preguntaban: ¿Quién es su comandante?, ¿pertenece a la guerrilla? Yo les decía: no, soy miembro del Partido Comunista de Colombia, hago parte de la Unión Opositora en el directorio de Buga, soy delegado de la Federación de los Trabajadores del Valle y no tengo algún otro tipo de militancia. Lo que ellos respondían era: a quién vas a convencer con esa carreta, vos sos un hijueputa subversivo. Y me pegaban con unas manoplas en el estómago, la espalda y las manos”.

“Al segundo día me incrustaron palillos hechos con la cáscara de la guadua; me los introducían en la parte baja de la uña hacia dentro. Había unos anillos que me presionaban para que yo no pudiera encoger las manos. El alarido del dolor era impresionante y me decían: vas a cantar o no vas a cantar. Y yo les decía: yo no puedo decir nada que no sea la verdad y se las he dicho, soy un revolucionario, soy un comunista, estoy luchando por el cambio y la transformación social, pero no tengo nada que ver con guerrillas”.

“Varias veces perdí el conocimiento por la intensidad del dolor y cada que perdía el conocimiento, porque ya no aguantaba, el método de tortura lo cambiaban por otro”.

“Otra tortura fue el submarino, me lo hicieron en la piscina del Batallón, me amarraban de manos y pies, me colocaban un saco de cabuya y me tiraban. Me lo hicieron tres veces, entonces dijeron: hay que hacerle el submarino a la China. Recogieron estiércol y excremento de los soldados, llenaron una pila con agua y lo echaron ahí. Me metían hasta sentir señales de ahogamiento”.

¿Cuál fue la tortura más difícil de sobrellevar?

“Una vez traté de ver cuál me había hecho sufrir más y es un ejercicio absurdo, porque sufrimiento es sufrimiento. Sin embargo, una de las más duras es que me metieron en una especie de catacumbas, tienen el espacio exacto del cuerpo, solo cabe una persona. Yo estaba en ropa interior, descalzo y con las manos amarradas. Me acostaban y me punzaban la planta de los pies para que me metiera rápido. Yo sufrí mucho ahí adentro, las paredes eran de cemento y habían metido chinches. La primera vez que me metieron era desesperante sentir el escozor y amarrado, sin poder uno rascarse, y entre más trataba de rascarme, más me laceraba la piel con el cemento”.

¿Cuándo termina la tortura?

“Después de diez días de ser torturado me sacaron de ahí, cuando me quité la venda toda podrida, yo casi no podía ver y pensé que iba a quedar ciego. Inmediatamente después me llevaron preso a la cárcel y allí estuve por dos años. Fueron dos años donde no se me permitió recibir visitas, aislado totalmente de mi esposa y mis dos hijos”.

¿Cuáles fueron las consecuencias de esa tortura?

“Quedaron unas secuelas muy graves que hoy padezco todavía. Producto de la falta de líquido se afectaron mis riñones, hasta el día de hoy tengo deficiencias renales; comencé a sufrir de una enfermedad que se llama la gota artrítica y es el ácido úrico que se riega por todas las articulaciones. Producto de las secuelas postraumáticas comencé a sufrir del corazón, sufrí un infarto silencioso, de acuerdo al informe médico. Intenté controlar las secuelas emocionales, morales, espirituales, físicas, pero fueron muy abrumadoras. Producto del infarto se estrecharon las válvulas coronarias y quedé con un 55 por ciento de capacidad cardiaca”.

¿Cómo logró superar esa experiencia?

“El objetivo de la tortura es vencer cualquier resistencia humana, se rompe la dignidad, se rompen los valores fundamentales que nos hacen a nosotros diferentes de los animales, el espíritu se quebranta. En esas condiciones, la mente entra en caos y se pueden encontrar los pensamientos más sublimes y más horrorosos. He hecho una autoterapia, apoyándome en escritos, para comprender esa tragedia que viví y encontré, a través de la psicología, una ayuda supremamente grande. Hoy puedo decir que soy un hombre totalmente nuevo”.

Tiburcio Monsalve actualmente tiene sesenta y siete años, sus desgastados ojos testifican el horror de la tortura. Deja caer por primera vez una lágrima, respira profundo y dice: “Soy un romántico del socialismo, creo en la fuerza de la razón y no en la razón de la fuerza; la razón no necesita fuerza para imponerse, ella es fuerza en sí misma”. Se despide y se va caminando lentamente.